

## Me ataco, quiero herirla

*Angie Duarte Sierra\**

Repartí mi vida entre amores ligeros, amores baratos, amores vacíos y amores llenos de soledad, llenos de nada; anhelé un amor de libros, un amor de cuentos, pero sobre todo, un amor propio, y, a cambio de eso, tengo un amor lleno de nada. Ni siquiera sé cuándo comenzó y si acaso terminó esta tristeza. Pero es que la vida es irónica: te dió todo pero no tienes nada, estás invadida de cosas, pero nada que te pertenezca, ni siquiera tu vida". ¡Cállate ya!, grité a mi voz interior.

Mírate, llorando de nuevo en tu habitación, sola, desahogándote, sientes que no puedes con tus problemas, te lavas la cara y te miras al espejo, no te gusta lo que ves, la ves a ella y te enfadas, te da rabia ver a esa chica tan decaída y a punto de desvanecerse sin que puedas hacer nada; pero luego sonríes y piensas "ya no más", y segundos después te vuelves a derrumbar. Eran las 11:30 de una noche fría, silenciosa, pero ruidosa y ardiente en mi cabeza, tuve esta especie de terapia en el espejo, donde mi tristeza me hablaba. Después fui a la cama y miré al techo por el resto de la noche, empecé a recordar todos y cada uno de los vaivenes de este bipolar, melancólico y loco camino, que se dice, es mi vida.

Recuerdo que hace unos dos años llevaba una doble vida, una oscura y depresiva en mi cuarto; otra cálida y alegre para mi familia. Todos me hablaban, todos querían saber de mí, y les decía que estaba bien, pues no recordaba mucho me dedicué a sentir el aroma del café

y la naturaleza de cada día y olvidar el anterior, hasta que... aquella noche de febrero, me encontraba en mi cuarto como de costumbre, oía música y tomaba un café, como de costumbre. Entonces en medio de la noche, ella se acerca a mí, y me dice cosas que no entiendo: veo que debo ir con ella y confiar, voy de su mano y siento libertad; puedo apreciar la vida en todo su esplendor; tengo sensaciones y emociones positivas; siento. Allí creo estar viva, veo y siento cosas que nunca había experimentado. Corrí tanto como pude, pues la adrenalina estaba en todo mi ser, hasta volé y eso no tiene comparación. a medida que anochece me entristecía tener que abandonar esa sensación y entonces volvía sin ella, me llevaba a casa, y cuando me acercaba, caía con mucha fuerza hasta despertar en mi cama sudando, asustada y deseosa de que la aparente fantasía que me hacía vivir la realidad me hiciera cada vez más feliz.

Al día siguiente volvía a la vida con naturalidad, o bueno, lo que la gente del común diría que es la "normalidad". Es tan subjetivo, además, y es que para mí aquello estaba en el placer de vivir esos últimos momentos de la noche, en los que vivía mi propia realidad, esas noches en las que era feliz y no quería salir de allí; me aterraba la idea de dejar de soñar, de dejar de vivir, y tal cual, como si hubiese sido un deseo, meses después, sucedió. Dejé de soñar, todo era oscuro y aburrido y ya no quería estar en ninguna parte, ni dormida ni despierta; a veces ella venía y me llenaba de tristeza, de

Fecha de recibido: febrero 10 de 2017.

Fecha de aceptación: abril 25 de 2017.

\* Angie Duarte (Bogotá, 12 de mayo de 1996): estudiante de comunicación social y periodismo de la Universidad Central de Colombia, apasionada por las artes visuales y la escritura. Este trabajo fue escrito bajo la dirección del profesor Enrique Ferrer-Corredor. Correo electrónico: angiedanieladuarte@hotmail.com



Tomada por: Angie Duarte.

desesperación e intranquilidad; solo que ya no venía en sueños, la veía despierta. Pero ya no quería ser mi amiga. Me decía cosas que me asustaban y me empezó a llevar por un camino oscuro y tormentoso que me agotaba y desgastaba mis ganas de respirar. Ya no lo podía ocultar. Decían que tenía una especie de demonios en mi interior y ellos me lastimaban, sentía la necesidad de liberarlos y que me dejaran en paz; así que bueno, se imaginarán ya cuántas marcas me ha dejado esta batalla en la piel.

Hoy me extraño. En la mañana vi fotos de mi infancia en las que tenía una gran sonrisa en el rostro y me extrañé; quería abrazar a esa niña dulce y llena de esperanza y decirle que todo iba a estar bien aunque las cosas se le empezaran a poner difíciles, porque sé lo que viene. Es tan retrógrado extrañarse a uno mismo cuando se ve en fotos lo feliz que era una niña que ya murió. Es egoísta pensar que no me importa cuánto amor me ofrezcan los demás, si al final ese amor incondicional no me lo doy yo; nada valdrá la pena. A pesar de que quería avanzar, hoy siento que esta enfermedad terminal que me roba las horas, el aliento, y poco a poco me quita la respiración, acaba conmigo. Ella, la que una vez me hizo sentir viva, la que me dio emoción y sensaciones nuevas cuando no las tenía, hoy me está matando. ella, ella se llama depresión, es otro yo; y caminará conmigo por siempre, así me niegue.

“Y sí, te ha costado lágrimas, más de las que puedes fabricar, pero esta droga aliviará los males de tu corazón”. Así, cual poeta, sonaba el psiquiatra hablando conmigo hace un año exactamente, mientras me recetaba algo que me ayudaría a llevar una vida “sana” y “tranquila”. “Permítame reírme” le dije, “eso hace rato lo perdí, y me ha costado varios intentos de vivir, descubrir eso que la gente llama felicidad y vida sana y que para mí es un tabú. Ella se ha encargado de borrar mis recuerdos, maldita ella que me tiene atada y yo que permití, por ingenua y estúpida, que lo hiciera, porque sabía que venía por mí y no lo anticipé”. Y así concluí esa tediosa charla que no me dejaba nada, solo cosas en la cuales pensar durante toda la noche, la fría y callada, pero a la vez alocada y desastrosa noche, para que no pudiera dormir. “¿Por qué yo? ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Se va a calmar en algún momento? ¿Qué pasa si lo mío no es este mundo y nunca debí estar aquí?”. Custodiada por psiquiatras, en aquella clínica recordé la razón por la cual me encontraba en ese lugar. Horas antes de cruzar las puertas de ese hospital empecé a conocer lo que la tan nombrada paz era. Allí, sola en mi habitación, con miles de lágrimas corriendo por mis mejillas, con muchas personas susurrándome al oído lo poco que valía la pena seguir allí, y con mi madre al otro lado de la puerta pidiéndole a Dios que me permitiera vivir, decidí irme a descansar por fin. Solo quería dormir, así que tomé muchas de esas pildoritas que en alguna oportunidad un médico me había dado, y me dispuse a descansar, sin que nada me importara y sintiéndome increíblemente tranquila y llena de paz. Me alejaba de este mundo terrenal y en ese momento comprendí que ningún fármaco con el que la humanidad me quisiera intoxicar, podría jamás controlar lo que mi mente quiere expresar.

Ya eran cerca de las 4 de mañana y aun miraba al techo, sin poder conciliar el sueño. Así que me levanté de nuevo a caminar por todo el apartamento para distraer mi mente. “Duele

no ver la sonrisa sincera con la que antes me veías” –estúpido espejo que empeora mis alucinaciones; debería romperlo—. Para esa hora quería dejar algo para los demás. He sido fuerte demasiado tiempo, y se empieza a notar por fuera. ¿Cómo olvidar aquellos comentarios de la gente, de mi familia?: “te ves cansada, tienes ojeras, ¿estás enferma?”; me reía, porque sabía que ella estaba acabando con mi vida, literalmente, no solo me sentía mal, me veía mal, y empecé a enfermar, pronto la falta de aire que vivía en mis sueños se hacía más y más real. Y mi corazón empieza a detenerse por momentos. Se ha salido de control. Escribí en un papel creyendo que serían mis últimos trazos, ya no quería seguir más.

Quiero entender. Lloro y me río a la vez, pues ya no tengo control. Dejo que la vida me lleve por donde ella quiera. Y no, no es debilidad, no es falta de inspiración ni desmotivación; es que los latidos de mi corazón van cada día más rápido; cada latido quiere salir de mi pecho y se me acaba la fuerza para contenerlo, siento que estallaré. “No tienes por qué entenderlo, algunas cosas en tu vida no tienen explicación”, susurré hablándole a mi ser.

Psiquiatra de turno: “¿Fue eso todo lo que recordaste anoche en tu largo insomnio?”. Sí, aunque igual seguiré caminando, intentando llevarme hacia adelante. Y he hecho varias cosas: distraigo mi mente como me lo ha recomendado, practicando deportes, estudiando, en fin. Aunque, algunas noches en las que mi cabeza no se calla, he pensado que morir es un regalo, cierro mis ojos y anhelo la paz; he llegado a sentir brevemente lo que aquello es, tengo miedo de querer sentirla demasiado pronto.

Sobre eso... ¿sabes? He llorado cada noche, creyendo que será la última, y es que no considero justo sufrir sin razones, a la vez que reír sin ellas. Es de locos, es enfermizo, ah, y acerca de los fármacos, no insistas, quédatelos, no quiero depender de ellos. “¿Y tu familia, qué opina?”. No quiero hablar más, pero bueno,

doctor, le voy a responder: había tenido hasta anoche días malos, bastante largos, había sentido durante años, desde que recuerdo, rechazo, dolor, sufrimiento, desesperación, enojo y más cosas que ocultaba alejándome de las personas para que no lo percibieran, quería ver a mi familia feliz y que no sufrieran por mí. ¿Qué si me he cuestionado si eso estuvo bien? Claro que no ha estado bien, a eso no se le puede llamar vida, estar ocultando cosas, mentir; no quiero ser así. Quisiera cerrar los ojos y que todo estuviera bien, pero sé que no es y no será así, y no solo lo digo yo; varios de ustedes me han dicho que tengo que aprender a vivir así, qué más da.

Pero no todo ha sido malo, ¿sabe? He vivido días en los que me pregunto ¿dónde ha estado esta chica que parece ser tan feliz? Eso me da miedo, mucho miedo; porque cuando siento eso es cuando más cerca la tengo a ella, a la depresión; es gracioso, es como salir de una prisión y luego regresar. Como un felino con su presa, ella espera el momento oportuno para atacar y lo hace bien. No sé como lo hace, pero logra hacer que me enoje mucho conmigo misma y me ataco, quiero herirla, quiero desquitarme con esa chica, como culpándola por pretender ser feliz. En fin, “¿tiene una de esas píldoras que producen sueño? Debo dormir, fue una noche bastante larga”.



Tomada por: Angie Duarte.